

Los débiles se ponen a llorar delante de la injusticia, remiten su esperanza hasta el cielo. Los fuertes se empeñan y luchan, con el fin de anticipar un tanto la obra del cielo.

Derríbemos todo esto, denunciémoslo, corriamos todo mal dentro de nosotros mismos y fuera de nosotros; no importa que tanta iniquidad nos cause espanto y náuseas. Intransigencia, intransigencia, eso es lo que le falta a esta raza; no sabemos ser intransigentes. Hay algunos que se creen intransigentes porque son crueles; pero no es eso intransigencia. Intransigencia es no perdonar al cruel sino hasta que esté en condiciones de no cometer otra crueldad. Intransigencia es no andar buscando celajes color de rosa cuando no es la aurora sino la noche, lo que todavía cubre el cielo de la patria. Intransigencia es no rebajar el ideal, sino mantenerlo muy alto, aun cuando no lo alcancemos. Intransigencia es ser verídicos y ser honrados aunque nos cueste la vida lograrlo. Y no andar ensayando sonrisas, en la hora solemne de la imprecación.

Nada de pesimismo; optimismo, pero un optimismo tan alto y tan leal, que nos permita ver el error de que estamos rodeados. Lo demás sería complacencia, sería bochorno. Amigos que me habéis pedido palabras de optimismo, sin temor de engañarnos, confieso el optimismo del ideal. Y porque creo en el ideal pienso y vivo como un pesimista.

JOSÉ VASCONCELOS

NOTA.—Sacamos de la carta de un amigo residente en la ciudad de México, escrita el 8 de mayo del año en curso:

«Mañana parte para Europa el Lic. Vasconcelos. Con tal motivo, varios escritores le ofrecimos un ágape de despedida: no hubo brindis ni discursos! Aun cuando el Maestro deja aquí un inmenso vacío, todos los jóvenes nos alegramos de su partida, porque el momento actual de México no es propicio al desarrollo de ninguna actividad intelectual fecunda. Además, a Vasconcelos le conviene esa salida para curarse de ciertos prejuicios, indignos de su inmenso talento, y sobre todo, para no ver de cerca las imbecilidades que esta realizando en Educación Pública el coro de los doctores.

«Le acompaño ahora varios artículos, entre ellos uno de Vasconcelos, que es el último que aparecerá en México, publicado en *El Universal*, cuya Redacción lo llamó a reemplazar a don Francisco Bulnes en el editorial de los lunes».

En otra carta (mayo 12):

«Vasconcelos partió el 9 para Europa; el pobre iba muy triste; parece que piensa establecerse definitivamente en Barcelona».



Datos marginales⁽¹⁾

Tomó Leonardo su apellido de Vinci, del lugar donde nació el año 1483. Considerando la certidumbre de su muerte y la incertidumbre de su hora final, como lo declara, hizo testamento un año antes de desaparecer de la mirada de los hombres, el 2 de mayo de 1519.

Era, para entonces, pintor del Rey de Francia y habitaba en Cloux, cerca de Amboise. Luego de confesarse pidió ser enterrado en la iglesia de Santa Florentina, de esa ciudad, en cuyos archivos consta que recomendó también que su cuerpo yaciera por tres días enteros en la cámara mortuoria. No es concebible que por vanidad reclamase esta póstuma ceremonia, sino porque desconfiado siempre de los médicos temió acaso ser enterrado sin la seguridad de haber cesado de existir definitivamente. Tal vez a Leonardo, como a nosotros, los demás débiles o insignificantes humanos, en nuestra sed de inmortalidad, la idea de la muerte, a pesar de su permanente realidad, le parecía la menos *natural*.

Su autorretrato de perfil, que se conserva en la Biblioteca de Windsor, nos dice de su varonil y serena belleza. Luengas barbas y larga cabellera rubias. Altísima la frente y despejada. La nariz prominente y de suaves alas, sobre la boca fina y casi desnuda de bigote. El ojo claro y sutil y todo el rostro de una majestad reposada.

En su testamento recomienda su alma «a nuestro soberano maestro y señor Dios». Ordena que en sus exequias sean llevadas sesenta antorchas por sesenta pobres, a los que lega una limosna, así como a los de San Lázaro de Amboise y a otros necesitados del lugar. Del mismo modo cuatrocientos escudos para sus hermanos carnales que residían en Florencia.

Cinco mil páginas forman los manuscritos de Vinci, en los que mezcla sus pensamientos, sus teorías artísticas y científicas, la noticia de sus descubrimientos, con dibujos extravagantes, y croquis de flores, máquinas de todo género, de canales, edificios, trasgos y arcángeles, celestes imágenes y horrendos monstruos, cañones y pájaros, caballos en actitudes egregias, juegos y arquitecturas del agua. Se diría que por todos los medios deseaba expresar el microcosmo de su vida interior.

¿En qué no meditó? ¿Con qué no soñó?—En la ley de gravitación y en la luz fija de los planetas; en la influencia del Sol sobre la Tierra; en los ritmos orgánicos de la respiración; en el equilibrio de los líquidos y en la dirección de las balas; en la higiene de las ciudades y la fertilización de los secanos. Inventó máquinas e instrumentos, como el de tejer, de aserrar el mármol, de esquila paños, de fabricar cintas, de fundir medallas, el higrómetro, el laminador, el péndulo de los relojes, la cámara oscura, el paracaídas. Fué el precursor de la máquina de volar, presintió la trasmisión de la voz a grandes distancias, daba por hecho su aparato de andar sobre las aguas.

(1) Véase en el número 1 del REPERTORIO AMERICANO, TOMO EN CURSO, la lectura de Pedro-Emlío Coll titulada, *Acerca de un pensamiento de Leonardo*.